

ARCHIVO HISPALENSE

REVISTA HISTÓRICA, LITERARIA Y ARTÍSTICA



SEVILLA, 1981

Publicaciones de la
EXCMO. DILIGENCIA PROVINCIAL DE SEVILLA
DIRECCION: ANTONIA HEREDIA HERRERA
**ARCHIVO
HISPALENSE**



REVISTA
HISTORICA, LITERARIA
Y ARTISTICA

PROYECTO DE LEY DE SEVILLA

ARCHIVO HISPALENSE
REVISTA
HISTORICA, LITERARIA
Y ARTISTICA



Deposito legal: M. 25-1928

Impreso en el Centro Editorial Hispano, S. A., San Sebastián, 100-101



Publicaciones de la
EXCMA. DIPUTACIÓN PROVINCIAL DE SEVILLA
DIRECTOR: ANTONIA HEREDIA HERRERA

RESERVADOS LOS DERECHOS

EXCMA. DIPUTACIÓN PROVINCIAL DE SEVILLA
DIRECCIÓN GENERAL DE PUBLICACIONES
ALFONSO GARCÍA GONZÁLEZ
ANTONIO GARCÍA

Depósito Legal, SE - 25 - 1958

Impreso en Artes Gráficas Padura, S.A. - Luis Montoto, 140 - Sevilla

ARCHIVO HISPALENSE

REVISTA
HISTORICA, LITERARIA
Y ARTISTICA

PUBLICACION CUATRIMESTRAL



2.^a EPOCA
AÑO 1981



TOMO LXIV
NUM. 197

SEVILLA, 1981

ARCHIVO HISPALENSE

REVISTA HISTÓRICA, LITERARIA Y ARTÍSTICA
2.ª ÉPOCA

1981	SEPTIEMBRE - DICIEMBRE	Número 197
------	------------------------	------------

DIRECTOR: ANTONIA HEREDIA HERRERA

CONSEJO DE REDACCIÓN

MANUEL DEL VALLE ARÉVALO, PRESIDENTE DE LA DIPUTACIÓN PROVINCIAL

JAVIER ARISTU MONDRAGÓN

NARCISO LÓPEZ DE TEJADA LÓPEZ

FRANCISCO MORALES PADRÓN

OCTAVIO GIL MUNILLA

ANTONIO DOMÍNGUEZ ORTIZ

MANUEL GONZÁLEZ JIMÉNEZ

ANTONIO COLLANTES DE TERÁN SÁNCHEZ

JOSÉ M.ª DE LA PEÑA CÁMARA

VÍCTOR PÉREZ ESCOLANO

JOSÉ HERNÁNDEZ DÍAZ

JOSÉ A. GARCÍA RUIZ

AMPARO RUBIALES TORREJÓN

PEDRO PIÑERO RAMÍREZ

ROGELIO REYES CANO

ESTEBAN TORRE SERRANO

FRANCISCO DÍAZ VELÁZQUEZ

ANTONIO RODRÍGUEZ ALMODÓVAR

ENRIQUE VALDIVIESO GONZÁLEZ

BARTOLOMÉ CLAVERO SALVADOR

MIGUEL RODRÍGUEZ PIÑERO

GUILLERMO JIMÉNEZ SÁNCHEZ

SECRETARÍA Y ADMINISTRACIÓN:

CONCEPCIÓN ARRIBAS RODRÍGUEZ

REDACCIÓN, ADMINISTRACIÓN Y DISTRIBUCIÓN: PLAZA DEL TRIUNFO, 3
APARTADO DE CORREOS, 25 - TELÉFONO 22 28 70 - SEVILLA (ESPAÑA)

SUMARIO

ARTÍCULOS

Páginas

- MONTES ROMERO-CAMACHO, Isabel.—*Un episodio de las relaciones Iglesia-Estado en tiempos de Juan II: la postulación de don Rodrigo de Luna como arzobispo de Sevilla* 3
- GARCÉS OLMEDO, Aurelio.—*Nota para el estudio de la revolución de los transportes en la Baja Andalucía* 23
- BORRERO, Mercedes, y PARDO, María Luisa.—*La población de Lora del Río de 1491 a 1534* 39
- BARRA RODRÍGUEZ, Manuel.—*Constitución de San Juan de Ribera para el Colegio de la Sangre de Bornos* 49
- CHUECA GOITIA, Fernando.—*Bosquejo sobre la evolución urbana de Sevilla* 77
- LARA GARRIDO, José.—*Barahona de Soto y Herrera: clarificación de un tópico* 93
- GARCÍA-VALDECASAS JIMÉNEZ, Amelia.—*El Regeneracionismo en la nove-
lística de José Nogales* 119
- HERNÁNDEZ GUERRERO, José Antonio.—*Lista y la polémica gramatical
sobre el verbo único* 151
- LIBROS**
- TEMAS SEVILLANOS EN LA PRENSA LOCAL (mayo-agosto, 1981) 167
- Crítica de libros**
- WILSON, Edward M.: *Samuel Pepys's Spanish Plays*.—Klaus Wagner 183

	<u>Páginas</u>
ALEMÁN, Mateo: <i>Guzmán de Alfarache</i> .—Antonio Castro Díaz	184
CUENCA TORIBIO, José Manuel: <i>Estudios sobre la iglesia andaluza moderna y contemporánea</i> .—J. C. Gay Armenteros	191
REYES CANO, Rogelio: <i>Sevilla en la obra de Becquer</i> .—Miguel Cruz Giráldez	194
BENGOECHEA, Ismael: <i>Jerónimo de la Concepción, historiador de Cádiz</i> .—Antonia Heredia Herrera	197
EBERSOLE ALVA, V.: <i>Disquisiciones sobre "El Burlador de Sevilla", de Tirso de Molina</i> .—Isabel Román	198
CERNUDA, L.: <i>Cartas a Eugenio de Andrade; Cartas a Bernabé Fernández Canivel</i> .—J. Montero	200
MORALES PADRÓN, F.: <i>Los archivos parroquiales de Sevilla</i> .—Antonia Heredia Herrera	203

UN ESTUDIO DE LAS RELACIONES
DEL ESTADO EN TIEMPOS DE
GUERRA EN LA PENINSULA IBERICA
DEL SIGLO DE ORO COMO ARZO
DE SEVILLA

ARTÍCULOS

BOSQUEJO SOBRE LA EVOLUCIÓN URBANA DE SEVILLA

En los tiempos remotos, oscuros y arcaicos que siempre contemplan el nacimiento de una gran ciudad histórica, La Vega o llanura hispalense no presentaba el aspecto que hoy tiene, pues ha sido cegado un importante brazo del Guadalquivir, que entraba por la actual Alameda de Hércules y dejaba convertidos en isla lo que hoy son barrios occidentales de la ciudad.

Por otra parte, el arroyo Tagarete casi ha desaparecido después de su canalización y se ha convertido en una especie de cloaca subterránea, dejando de ser un elemento vivo de la morfología urbana. Este complejo fluvial, hoy tan alterado, daba a la llanura que había de ser asiento de la más populosa ciudad de la Bética un aspecto de marisma donde desde tiempos muy viejos debían existir poblaciones lacustres. En las inmediaciones del brazo desaparecido se han descubierto indicios de construcciones paleolíticas. En medio de esta marisma, siempre amenazada por las inundaciones, se distingue un leve promontorio de forma ovalada, donde no podían llegar las aguas ni en las mayores crecidas.

Queda fuera de toda duda que, por razones naturales, aquí estuvieron localizados los más antiguos asentamientos: primero, seguramente, una población indígena en el "Bronce final" y luego una colonia púnica. Las excavaciones de la Cuesta del Rosario hacen sospechar que en el año 205 antes de Jesucristo la ciudad fue destruida por Scipio, que perseguía a los restos del ejército púnico tras la batalla de Illipa. No sabemos si al ser dominada y destruida la ciudad por los romanos, se reconstruiría siguiendo un trazado más regular. De todas maneras no es muy probable, pues, caso de no fundar en terreno virgen, los romanos solían respetar las viejas estructuras.

Es curioso que la posible ciudad indígena-púnica que se plegaría a

los límites de las cotas altas del montículo, fuera de forma parecida a la vieja Numancia, también sobre un altozano cuyas líneas seguía. También Numantia fue destruida por los romanos después del sangriento sitio a que estuvo sometida por el ejército de Scipio el año 133 antes de Jesucristo. "Los tanteos hechos en el subsuelo de la ruina visible (de Numancia), ya hispano-romana, han dado testimonios suficientes para poder afirmar que las calles de la última ciudad siguieron el trazado de las antiguas indígenas, aunque ensanchándolas y regularizándolas" (García y Bellido). No otra cosa debió de pasar en la ciudad indígena que constituye el origen perromano de Sevilla.

La primitiva Sevilla, que corresponde a las cotas más altas de la ciudad, todavía puede distinguirse en el trazado actual de las calles. Empezando por la Cuesta del Rosario, la única calle en cuesta y para eso moderada, de toda Sevilla, y siguiendo el sentido de las agujas del reloj, los límites serían la calle Augusto Plasencia, Muñoz y Pabón, Federico Rubio, Mateos Gago, Placentines, Francos, para llegar a la plaza del Salvador y cerrar de nuevo con la Cuesta del Rosario.

Es indudable que aquí se marca un recinto que debía coincidir, con pocas diferencias, con el de la ciudad indígena-púnica que constituye el embrión de la gran Sevilla.

Estos son los secretos mudos que conservan los planos de las ciudades para quienes los saben interpretar. No hay, a veces, clave histórica mejor que el propio plano, mantenido tozudamente a través de los años y las mil vicisitudes. Por el centro de este núcleo almendrado corría en dirección norte-sur una calle o arteria fundamental que era como la prefiguración de un *cardo* y cuya línea siguen hoy las calles Corral del Rey y Abades. Cortaban esta calle axial otras transversales que daban al núcleo un aspecto de espina de pez, bien entendido de traza irregular.

Esta ciudad madre, conquistada por los romanos y reconstruida con pocas alteraciones, debió de persistir y extenderse en dos direcciones, al norte hacia Santa Catalina y al oeste hacia San Esteban. Eran las dos direcciones más despejadas para el crecimiento y las que permitían que la ciudad romana quedara encerrada en la horquilla entre el brazo desaparecido del Betis al oeste y el Arroyo Tagarete al este. Los accidentes fluviales, aunque en algún caso fueran livianos debieron condicionar la expansión.

La Colonia Julia Rómula Hispalensis, es decir, la gran ciudad romana de la Bética, extendida en dirección nordeste, debió dejar la antigua ciudad púnica excéntrica. Es un caso parecido al del crecimiento de Madrid que no creció concéntrica sino excéntricamente, de occidente a

oriente. Aproximadamente los vértices de la ciudad romana serían la Campana, Santa Catalina, San Esteban y la Catedral y formaría un trapecio muy deformado con un vértice muy apuntado marcando el norte en Santa Catalina. Esta ciudad romana se rodearía de murallas hacia el siglo III.

En el año 172 bandas de piratas mauritanos amenazan la ciudad. Bajo el reinado de Cómodo (180-192) un soldado itálico, materno, consiguió reclutar en Italia un ejército de aventureros y marchó a través de la Galia y España saqueando y devastando las ciudades y los campos sin que los gobernadores lograran impedirselo. Como resultado de estas alteraciones, que no cesaron hasta las invasiones germánicas, se fueron modificando los recintos murados en una forma que no es fácil de precisar. El historiador don Francisco Collantes de Terán ha encontrado restos de estos recintos romanos.

Dos calles fundamentales constituirían los ejes de la Colonia Julia Rómula Hispalensis. Una de este a oeste que empezaría en la Puerta de Carmona y que desde San Esteban bajaría hasta otra puerta situada aproximadamente en el cruce de la calle de las Sierpes y Gallegos. La calle de las Sierpes coincidiría más o menos con el límite oeste de la ciudad. El otro eje correría desde Santa Catalina (Puerta Norte) hasta una puerta meridional que podría estar en el cruce de la calle de Abades y Mateos Gago. El tramo más meridional de este eje sería el *precardo* de la antigua ciudad indígeno-púnica.

Estas dos calles o ejes fundamentales no obedecen a ningún trazado regular ni tampoco se cortan en ángulo recto como los clásicos *Cardo* y *Decumano* de una urbanización castramental romana. Si queremos llamarlos *Cardo* (N-S) y *Decumano* (E-O), es con muchas salvedades y sólo considerando que se trata de ejes direccionales, no obstante su irregularidad. Estamos demasiado acostumbrados a pensar que todas las ciudades romanas obedecen a un plan regular de tipo militar, pero esto, con ser muy frecuente, dista mucho de ser general. Ciudades que fueron antiguos campamentos militares o ciudades de nueva fundación en las colonias, presentan esta regularidad, pero ¿qué diremos de la misma Roma y tantas otras opulentas ciudades del Imperio que fueron creciendo sin ley geométrica a partir de antiguos asentamientos?

Debemos, pues, convenir que la Colonia Julia Rómula no fue ni mucho menos una ciudad regular, cuyas claras alineaciones rompieran luego los árabes. Ya era irregular, como la propia Roma, en el tiempo mismo de los Césares. Nada extraño resulta por lo tanto que las calles principales o ejes fundamentales (prefiero llamarlas así y no forzosamente

cardo y decumano) sean de trazado irregular y no se corten en escuadra, ni tampoco que el foro tenga forzosamente que estar en ese cruce, presunta ley que infinidad de veces no se cumple.

Ya hemos apuntado que en la morfogénesis de Sevilla podemos rastrear un hecho que no deja de ser interesante: el haber mantenido el eje norte-sur de la ciudad indígena (el presunto precardo) prolongándolo considerablemente por el extremo norte. Este hecho relativiza la preocupación geometrizable y hace que predomine lo vital histórico. Dada la extensión de la ciudad hacia el norte, el otro eje fundamental quedaría excéntrico a la ciudad primitiva, de hecho tangente al perímetro de la misma por el lado norte, para así llegar a un mejor equilibrio de los cuatro rectores en que quedaba dividida la Colonia Rómula por los dos ejes fundamentales.

Todo esto parece verosímil y bastante lógico y ayuda muy bien a comprender el proceso morfológico de la ciudad. La situación del decumano tangente y excéntrico a la ciudad primitiva facilitaba bastante las cosas. El foro y espacios satélites resultarían más fáciles de planificar en terreno relativamente libre. Este debía estar situado donde hoy se encuentra la iglesia del Salvador, que fue antes del emplazamiento de la primitiva mezquita mayor de la que quedan cumplidos restos. Es natural que el foro quedara desde entonces convertido en lugar eminente de la ciudad y que cuando les llegara su turno, los árabes pusieran allí su oratorio mayor. El foro no estaba sin embargo, en el cruce de las vías principales, sino al oeste del Cardo y vinculado al Decumano. Es posible que fuera rectangular alargado y que luego parte de su área la ocupara la alcaicería musulmana. El Foro es en el fondo un mercado y es comprensible que los islámicos lo convirtieran parcialmente en alcaicería.

De todo lo dicho se desprende que la Colonia Julia Rómula que llegó a ser bajo el Imperio la ciudad más extensa y popular de la Bética, debió de ser una ciudad irregular, muy distinta de la Itálica adrianea, de perímetro variable según las épocas y variablemente amurallada. Sobre poco más o menos el recinto acotaría una superficie de 65 hectáreas. Las calles principales discurrirían en forma no muy distinta a la de hoy, aunque luego abrieran los árabes callejones sin salida para penetrar en el fondo de las manzanas, pues al producirse una reparcelación de la propiedad, los antiguos perístilos y jardines de las mansiones romanas, pudieron ser más cicateramente aprovechadas. A la larga, patios y jardines musulmanes fueron en consecuencia, mermados en algunos casos, transformados en otros, de los atrios y perístilos de la civilización latina tenazmente persistente, como un variante mediterráneo; y así siguieron las cosas hasta ayer mismo y no decimos hasta hoy porque un cerco insensible de ce-

mento ahora sí que va cercenando patios y jardines, como si fueran las cabelleras perfumadas y voluptuosas de pecadoras odaliscas incapaces de comprender el valor de ese suelo por ellas tan generosa y pródigamente despilfarrado.

La grandeza de la Colonia Julia Rómula la constituirían sus mansiones ricas en vergeles, estanques piscinas y ninfeos, frescos paraísos y apacibles triclinios preparados para el ocio y la contemplación de un sinnúmero de motivos, ya geométricos ya animados de pagana fantasía, de unos mosaicos que son el antecedente ilustre de alicatados y azulejos. La grandeza la constituirían también sus monumentos y sus conjuntos monumentales sin necesidad de que los trazados regulares, que muchas veces producen más monotonía que belleza, más hastío que gracia pintoresca, le dieran el rango de gran ciudad que asimilamos con exceso a los trazados rectilíneos y solemnes alineaciones, más efectivas para el topógrafo que levanta un plano que para quien sumergido en la realidad tangible de la ciudad transita por sus calles.

De aquellos monumentos de la vieja Colonia romana nada nos queda. El sino de Sevilla, ciudad siempre opulenta y codiciada, no la dejó descansar ni permitió que las sucesivas etapas monumentales se sedimentaran, adquirieran consistencia y se transmitieran de una edad a la siguiente con cambios pero al menos sin aniquilamiento total. Llegaron los árabes, tras el paréntesis visigótico de decadencia apenas contenida por el rescoldo cultural clásico, encarnado en San Isidoro, y lo desbarataron todo. Todo lo removieron y todos los monumentos fueron presa de la voraz digestión de su apetito. Foros, basílicas, templos, termas, palestras y pórticos indefensos se explotarían como canteras fáciles y al alcance de todos. Pues la arquitectura romana, donde se duplica la argamasa estructural y el exorno arquitectónico, fácil de volver a utilizar como un elemento prefabricado, aunque sea en un contexto diferente, se presta a ello. La arquitectura romana tiene algo que se parece al "prêt a porter".

Así debieron caer los monumentos romanos que ahora echamos de menos y que siquiera como ruinas por muy fragmentarias que fueran nos ayudarían a comprender el porte de la ciudad. Por azar quedaron los fustes inmensos de la calle de los Mármoles, que quizá salvó su propio tamaño y la dificultad de transportarlos y aprovecharlos. Estos monolitos a pesar de las dudas de Gestoso y otros autores, no pueden ser sino las columnas de un templo, de Hércules, de Diana o de otra divinidad gentilicia. Su emplazamiento, dentro del recinto de la Sevilla prerromana, hace pensar que este templo se erigiría sobre algún santuario anterior, mejor dicho sobre el principal de la antigua ciudad que era necesario

romanizar empezando por su emblema más visible, aplastando el viejo santuario con otro opulento y magnífico.

Esto y no otra cosa hubo de suceder. En la calle principal de la ciudad prerromana estaba el santuario de la divinidad púnica Melkart que los romanos convirtieron en un gigantesco templo clásico dedicado a una divinidad de compromiso denominada Hércules-Melkart. Típico proceder de un pueblo conquistador y a la vez práctico y político. El poderío de Roma quedaba reflejado en el nuevo templo; ya empezaba la "Roma triunfante en ánimo y grandeza" del célebre e hiperbólico soneto, mientras los manes del lugar quedaban respetados, no vulneradas antiguas creencias y rebautizado el héroe mitológico con un sobrenombre local. ¡Oh gran talento de aquellos señores del mundo!

Lo mismo que al llegar los romanos tuvieron que establecer sus estructuras urbanas más representativas tangentes a la vieja ciudad indígena-púnica por el lado norte, así cuando los musulmanes se vieron en la necesidad de establecer las suyas con la amplitud y grandeza que exigía el crecimiento de la ciudad en la época de los almohades hicieron una operación parecida trasladándose a la tangencia del lado sur. Efecto cierto que en un principio la mezquita mayor se situó en el foro romano, es decir en la tangencia norte. La torre, que era el alminar mayor de Sevilla antes de que se construyera la Giralda se cayó el año 1335 víctima de un terremoto que nos privó de poder hoy contemplarla al lado de su sucesora la Giralda. Pero terremotos e inundaciones han sido de siempre los dos azotes de Sevilla. Esta torre era tradición que los moros la fabricaron con las piedras del templo en que estaba el cuerpo de San Isidoro. Sería un templo clásico junto al foro transformado acaso en basílica visigoda. Allí estuvo, pues, durante siglos el corazón de Sevilla, de la Sevilla del ilustre y desgraciado Al Mutamid-al-Casim y todavía lo sería sin disputa si los almohades no hubieran construido la nueva aljama y la imponderable Giralda terminada en 1197 para conmemorar la victoria de Alarcos.

Ya en tiempos del Califato, para mejor protección de la ciudad, se construyó una fortaleza junto a la muralla romana que al menos toma forma con Abd-al-Rahman I. Este castillo o alcázar en la tangencia sur, sellará la suerte de Sevilla, que empezará a gravitar hacia este sector. Luego cuando los almohades en el siglo XII construyan la gran mezquita, por haber quedado pequeña la de Abd-al-Rahman II, se verán obligados a buscar un emplazamiento excéntrico en esta parte sur más desahogada. En estos golpes de péndulo está condensada toda la historia urbanística de Sevilla. Primero, desde el eje que pasa por el templo de Hércules-Melkart el péndulo se mueve hacia el norte y de este golpe se forman

los foros de la Colonia Julia Rómula que seguirán siendo el área principal de la ciudad durante las épocas sucesivas hasta la llegada de los almohades. En este momento se produce la gran pendulación, la decisiva, la absorbente la que arrastran tras de sí el Alcázar, la gran mezquita, luego catedral y la Giralda. La realeza y el clero, los dos grandes poderes, se contemplan celosos y expectantes en este lugar para siempre privilegiado por el arte y por la historia, en éste que llamó Carlos V el mejor caíz de tierra de España. Al otro lado, al norte queda como bastión aristocrático el palacio del duque de Medina Sidonia el solar de los Guzmanes, el brazo de la levantisca nobleza a veces poderoso y dispuesto a abatirse como zarpa de león en el momento propicio de un descuido. Vanos desplantes, osadías efímeras y sin consecuencias. El nudo aristocrático de Sevilla en torno a la plaza del Duque, ha caído, triste y fermentado, en manos de los especuladores de terrenos y del gran comercio de masas. Estas se agolpan ante las víctimas luminosas y buscan unos contra otros ese olor de multitud que es el aliado mejor para aumentar los índices de ventas. El viejo barrio aristocrático de Sevilla ha sido devorado porque ya no era más que una sombra lánguida y la zarpa más fuerte del capitalismo ha podido conquistarlo después de abrir los Consejos de Administración a los miembros más holgazanes e inútiles de las familias de alcurnia, contentas de cambiar un viejo palacio por un piso moderno en el barrio de los Remedios.

Después del gran pendulazo, Sevilla, la gran Sevilla, Roma triunfante en ánimo y grandeza (esto hay que repetirlo varias veces para tomar conciencia de la ciudad y no dejarla que se desplome por las pendientes de la zafiedad y del mal gusto) había quedado definitivamente formada. Ya era adulta y podía empinarse como la primera ciudad de España. Pocos cambios podían ya producirse en su estructura urbana y esos pocos salvo raras excepciones para peor. El centro hispalense había quedado fijado para siempre. En el alcázar sarraceno vivieron casi tantos reyes como los que pasaron por la corona de Castilla, desde Fernando III hasta Alfonso XIII y en especial Alfonso el Sabio, Alfonso XI, Pedro el Cruel, todos los Trastamaras salvo Enrique IV, tétrico doliente y poco galán para andar por Sevilla, los Reyes Católicos, don Felipe el Bello y la enamorada Juana, el Emperador y su primogénito, el galante Felipe IV, el primer Borbón que pasó algunos años en este alcázar de ensueño antes de esconder su hipocondria entre las frondas de la Granja, Carlos IV, el rey intruso, Fernando VII, Isabel II, Alfonso XII, los monarcas de la España romántica que hicieron de Sevilla, junto con los Montpensier-Orleans la capital romántica de España. Este centro cortesano y católico, monárquico y clerical, con algo de Riwat oriental y de abadía británica

porque no me quedé tranquilo hasta caer en la cuenta de que la catedral de Sevilla es con el monasterio de Batalha lo más británico que tiene esta península, está presidido, nadie lo duda, por la Giralda. La catedral hispalense me tenía conturbado porque me recordaba a algo y no sabía a qué, como esas personas que de golpe nos parecen conocidas y luego caemos en que se parecen a un actor de cine. Luego me tranquilicé cuando la identifiqué con la arquitectura medieval inglesa en general. Pero la Giralda se me escapaba. Desde luego mora y cristiana, agarena y africana, pero también renacentista y clásica, delicada, sutil, labrada y primorosa, sin dejar de ser fuerte, marfileña "turrís eburnea", tan vertical como una letanía, tan simple como un dístico y tan evidente como un axioma.

Luego, leyendo el Madoz, esa inagotable caja de sorpresas en catorce tomos, me encontré una canción a la sin par torre, que obra en un códice de la biblioteca de la catedral y que dice así:

No las altas pirámides famosas
rico edificio de famosos reyes
Ni la Torre que al mar sirvió de estrella,
Ni los muros y huertas deleitosas
a donde trabajaron tantas greyes,
Ni el templo de la Diosa que es doncella
ni el ilustre sepulcro que la bella
viuda fundó, ni del luciente Apolo
la inmensa imagen que nombre le dio a Roda,
Ni aquella que quizá fue sobre todas
afamada de un polo a otro polo,
pueden, raro edificio, compararse
contigo, que si alguno en la grandeza
te pudo aventajar no en la belleza,
que es la cosa que más debe estimarse.
Tu maravilla octava, maravillas
a las pasadas siete maravillas.

Se habrán visto claramente aludidas las siete maravillas, las Pirámides de Egipto, el Faro de Alejandría, los Jardines de Babilonia, el Templo de Artemisa en Efeso, el Mausoleo de Halicarnaso, el Coloso de Rodas, el Zeus Olímpico, incomparables para el panegirista con la extremada torre. Pero para mí no es la comparación superlativa lo que vale sino lo apropiado de la comparación, pues como monumento universal y maravilloso tiene algo de faro y de coloso, de femenina deidad y de elegante y

preciada escultura, algo que está por encima de los estilos y aun por encima de la historia.

La Giralda centro espiritual de Sevilla no está en el centro de la urbe sino cerca de su proa como bauprés enhiesto. Detrás sigue la carena del amplio buque extendido hacia el norte como un largo elipsoide cuyos meridianos se aprietan hacia el centro y se aflojan hacia los costados. En el polo opuesto de la Puerta de Jerez, vecina de la Giralda, la castiza y popular Puerta de la Macarena. Como decimos, cuanto más nos vamos hacia el norte y cuanto más nos acercamos a los costados el tejido urbano se hace más laxo, menos apretado, las calles menos tortuosas y entreveradas, las manzanas más grandes, en fin la malla más abierta y porosa. Allí se colocaron por su mayor holgura los grandes conventos, los de Santa Isabel, Santa Paula, la Merced, Santa Clara, San Clemente junto al Alcázar norteño de Rawgel. Estos debían de ser los barrios menos poblados a raíz de la conquista y donde los reyes hicieron los más generosos repartimientos a la nobleza y a las comunidades religiosas. También fueron antiguos palacios nobiliarios los que se convirtieron en conventos merced a donaciones y fundaciones piadosas.

En tiempos de Felipe II, gran monarca para Sevilla, contó la ciudad con un asistente excepcional, don Francisco Zapata de Cisneros, conde de Barajas y mayordomo del rey. El asistente llevó a cabo obras considerables en la parte más baja, insalubre y pantanosa de la ciudad, nivelando, terraplenando y urbanizando terrenos enfangados y miserables. Esto explica que un sector del plano de Sevilla presente características de regularidad en el trazado dispares del resto del amasijo urbano que con sus quiebros, requiebros, adarves, compases y encrucijadas revela la persistencia de la aglomeración islámica. El barrio de San Lorenzo, separado del resto de la ciudad por la calle de Alfonso XII al sur y por la Alameda de Hércules y calle de Trajano al este, parece, en cambio, por su planimetría una ciudad castellana de calles largas y sosegadas, sin interrupciones ni quebraduras, de disposición parecida a algunos barrios de Madrid o a ciertos conjuntos de los siglos XVI y XVII como Alcalá de Henares.

La obra más meritoria del conde de Barajas fue la Alameda de Hércules. En este lugar solía formarse una laguna, residuo del antiguo brazo del Guadalquivir. El agua encharcada durante el verano exhalaba vapores nocivos y enfermos y allí donde todo era podredumbre y decrepitud, dicen que el conde de Barajas macizando lo profundo y plantando ocho hileras de álamos hizo surgir uno de los paseos más hermosos y alegres de la ciudad. Cuenta Zúñiga en sus Anales las obras de irrigación que se hicieron, los pilones de piedra berroqueña y las fuentes que eran ornato y alegría de la vista. De todo aquello apenas queda nada salvo las dos

gigantescas columnas romanas compañeras de las de la calle de los Mármoles que llevan en su cima las estatuas de Hércules y Julio César, labradas por Diego de Pesquera. Llevadas a cabo las obras en 1574 permanecieron así muchos años hasta que los estragos del tiempo y del hombre hicieron necesaria su renovación en tiempos de Carlos III, siendo asistente don Ramón de Larrumbe. Hoy ha venido mucho más a menos sin que al parecer haya asistente que la arregle.

En los años del rey prudente, católico, alto y poderoso, se hicieron también notables obras en la fortificación sevillana y se transformaron o arreglaron casi todas las puertas, que en algún caso adquirieron grado de verdaderos arcos triunfales. Richard Ford el autor del *Hand-Book for Spain*, mientras estuvo en Sevilla por los años de 1830 a 1832, se dedicó a dibujar con ingenuidad pero con precisión minuciosa muchos aspectos, monumentos y sobre todo las murallas y puertas de la ciudad. Vivió Ford, primero en la plaza de San Isidoro donde desemboca la Cuesta del Rosario, y, luego en el Palacio de los Monsalves en la calle de Pedro de Monsalves. Ambas han desaparecido y es de lamentar sobre todo la desaparición de la segunda que era uno de los más cumplidos palacios sevillanos. En su lugar están hoy las oficinas de la Compañía Sevillana de Electricidad.

Richard Ford, hombre distinguido y de posición, inclinado a la vida social, se relaciona con lo más principal de la ciudad, con el asistente Arjona, con el marqués de las Amarillas con las *fine Ladies* de la morosa sociedad sevillana que sólo se dedican al visiteo y a ir de vez en cuando al teatro. Piensa despertar a aquella gente dormida organizando cenas, fiestas, bailes de máscaras, pero tropieza con su insustancialidad y cerrazón. En una de sus cartas a su amigo Henry Unwin Addington, entonces ministro plenipotenciario en Madrid, le dice: "Este lugar es bastante aburrido para gente interesada en bailes y cenas... Los naturales en sus costumbres son muy poco sociables, no reuniéndose nunca en sus casas, yendo sólo los jueves y los lunes al teatro. La política y la falta de dinero contribuyen mucho a esto, y más su natural indolencia y su gusto por el comineo en casa, con sus chales y en torno al brasero. Sus costumbres son divertidas y curiosas. No es la menor la de visitarse en traje de ceremonia, guantes blancos y collares, de doce a dos; luego comen, y lo que hacen después Dios lo sabe. El día se gasta perfectamente no haciendo nada."

En otra carta escrita desde Sevilla el 2 de febrero de 1831, aparece claro, dice su biznieto Brinsley Ford, que su vida continúa sin alteraciones: "Nada ocurre; vivimos una vida ociosa, no saliendo nunca, ni al teatro, que es en realidad insoportablemente pesado, ni a la Alameda.

Comemos tarde, y estamos muy ocupados con esas condenables invenciones heréticas de leer y escribir y esas incomprensibles a los españoles de dibujar y hacer música, pues ni aun la guitarra se toca.”

Es evidente que no hay mal que por bien no venga y que gracias a este ocio forzado tenemos hoy la suerte de poseer esos dibujos que han publicado Brinsley Ford y Diego Angulo en un tomito de la Colección Artes y Artistas que lleva la fecha de 1963 y que son un documento inestimable de la historia urbanística de Sevilla. Entre otras cosas en 1830 estaban intactas las murallas y todas sus puertas tal y como las dejaran en tiempos de Felipe II sus dos principales asistentes, el conde de Barajas, ya conocido, y don Francisco Chacón, señor de las villas de Casarrubios y Arrio-Molinos, alcaide de los Alcázares y Cimorrio de Avila. La Puerta Real, la de Triana, ambas muy decoradas en un estilo manierista muy sevillano, la de Jerez, la de la Carne y la de Carmona eran las más importantes.

Para darnos cuenta del trazado de la muralla nada mejor que el Plano Topográfico de J.H.D. (José Herrera Dávila) del año 1872 dedicado al asistente don José María de Arjona, el amigo de Richard Ford. La hecatombe empezó en el año 1868 con la Gloriosa, que abatió la extraordinaria Puerta de Triana, testigo de tantas entradas triunfales, destruyendo uno de los mejores monumentos de la Sevilla filipense; luego, la destrucción progresista avanzó como una verdadera riada, mucho más dañina y desatada que la de las turbias aguas desbordadas, y las murallas, que habían sido tantas veces diques para las aguas, no resistieron las desagradecidas providencias de una legislación que se creía esclarecida. ¡Triste condición de España que tiene que pagar todos sus avances, por muy necesarios y meritorios que sean, con sacrificios inútiles y deplorables que dejan mutilado el cuerpo nacional, sin duda por el primitivismo de una raza que todavía cree en el poder efectivo de los símbolos materiales y que considera que una vez abatidos los falsos ídolos va a resplandecer la luz del ideal acariciado. Cada grupo, cada facción, cada tendencia o cada programa tiene de antemano sus ídolos señalados en una lista negra y afiladas las herramientas para su demolición sin darnos cuenta de que entre unos y otros vamos llegando, lenta pero obstinadamente, a convertir nuestro país en una perfecta *tabula rasa*.

Las murallas definían muy bien el contorno de Sevilla. Fuera del recinto quedaban los arrabales, el más cercano y próximo el de los Humeros, barrio de la Cestería, antiguo barrio de la Carretería y las Atarazanas, es decir, toda aquella franja que podemos denominar del Arenal y que queda entre el Guadalquivir y el costado oeste de la muralla. Más alejados tenemos el histórico arrabal de Triana al lado opuesto del río,

los barrios de San Bernardo, San Roque, el más moderno del Pilar al este y al norte el Hospital de las Cinco Llagas y barrio extramuros de la Macarena.

Una vez hecha Sevilla, bien compacta y murada como lo estaba en la gloriosa época de Felipe II, las transformaciones urbanas que iba a experimentar la ciudad, no de gran alcance desde luego, iban a producirse en estas zonas periféricas, principalmente en la franja del Arenal que de ser territorio todavía casi hueco en el plano de 1832 es hoy zona poblada y completamente edificada en uno de cuyos huecos se introdujo la Estación de Córdoba, mientras la de Cádiz se colocó junto al barrio de San Bernardo.

En el año 1595 Sevilla sufrió una de sus mayores y más dañinas avenidas, sólo superada por la de 1626 que se dice que duró 40 días y arruinó 3.000 casas. Estas fechas fueron sellando el comienzo de la decadencia, que llegó a sus más desastrosos índices durante el reinado de Felipe IV y el de Carlos II. El imperio de la navegación y el comercio que imponía la ley en todos los mercados de Europa con la afluencia del oro americano, se vio cada vez más postrado, sin que una agricultura, también exagüe, ni una industria decaída, que había visto desaparecer sus antes riquísimos telares, hicieran demasiado para superar tan arrastrada crisis.

Pero hay una cosa curiosa y es que aún en este período de decadencia surgieran edificios, iglesias y sobre todo conventos, que hacen pensar que la fatalidad, postración y desánimo son buen caldo de cultivo para las empresas místicas.

Los grandes conventos de Santa Isabel, Santa Paula, San Clemente y Santa Clara, si no son completamente del siglo XVII a este siglo deben la mayor y más vistosa parte de sus fábricas. Si a esto se añaden los Hospitales de la Caridad y de los Venerables Sacerdotes comprenderemos cuán rica es la nómina de la arquitectura seiscentista, que atraviesa por una de sus fases más características y auténticamente sevillanas, la del manierismo.

La gran figura de este momento es Juan de Oviedo y de la Bandera, nacido en 1565 y muerto en tierras ultramarinas en 1655. Oviedo debía de ser un personaje de cuerpo entero. En 1598 era maestro mayor de la Ciudad y caballero de la Orden de Montesa. Fue obra suya el túmulo a la muerte de Felipe II en la catedral que costó 15.000 ducados y causó la admiración de Cervantes, inspirándole su más famoso soneto (Voto a Dios que me espanta esta grandeza). En 1617 hizo una rectificación del curso del Guadalquivir y otras muchas obras de ingeniería hidráulica. Era audaz, esforzado y benéfico. Cuando había fuego iba él mismo a

apagarlo, y en las inundaciones socorría a los naufragos. Se enroló como capitán en los ejércitos castellanos y marchó a pelear al Brasil, donde murió en acción de guerra. Como arquitecto su obra maestra fue el Convento de la Merced donde ahora está el Museo de Bellas Artes, auténtica joya de la arquitectura manierista. La línea del gran Oviedo la siguió, con talento propio y singular acierto, el antequerano Bernardo Simón de Pineda autor de la iglesia del Hospital de la Caridad. Más tarde Leonardo Figueroa, cabeza de una dinastía de artistas, comienza, todavía en el siglo XVI, el Hospital de los Venerables, pero el resto de sus grandes obras corresponde al siglo XVIII cuando el barroco sevillano se viste con sus más esplendentes galas.

Del siglo XVIII son los grandes monumentos del barroco sevillano, las iglesias del Salvador y de San Luis, de San José y San Ildefonso, esta última casi neoclásica; el maravilloso Colegio de Mareantes de San Telmo, la barroca fachada del Palacio Arzobispal, la gentil plaza de la Maestranza, la mole grandiosa de la Fábrica de Tabacos, la magnífica fundición de Artillería de Carlos III y multitud de palacios, conventos, orfelinatos, colegios y hospitales que se renuevan o se engrandecen.

El Palacio de San Telmo y la Fábrica de Tabacos, el edificio industrial de mayor grandeza y lujo que jamás se haya levantado volvieron a tirar a Sevilla hacia el Alcázar. La pendulación decisiva no sólo se mantenía sino que seguía avanzando en la misma dirección. El arroyo Tagarete pasaba por los fosos de la Fábrica de Tabacos, bien fortificada, antes de desembocar en el Betis junto a la Torre del Oro y se abría la noble y rectilínea calle de San Fernando entre la Puerta de Jerez y la Puerta Nueva, lográndose así uno de los mejores conjuntos urbanos de la Sevilla dieciochesca.

El jardín neoclásico y romántico de la Delicias primero, el Parque de María Luisa y la Exposición Iberoamericana de 1929, darían a esta parte eminente de la ciudad el sello, la nobleza y la jerarquía que la distingue.

Al mismo tiempo en el interior de la ciudad se fueron haciendo discretas y juiciosas reformas, claro está dentro de las líneas de acción propias del siglo. Se abrieron mercados y plazas en solares de antiguos conventos desafectados, se construyeron teatros y coliseos, se abrieron cafés y comercios modernos, algunos todavía existentes en la calle Francos y que al ser hoy antiguos cifran en ello su prestigio y buen nombre comercial. También andando el tiempo Sevilla tuvo tranvías, medio de transporte que por su rigidez no parece el más indicado para la tortuosa y flexible ciudad hispalense.

En el año 1837 los arquitectos Melchor Cano y Salustiano Ardanaz terminaron la construcción del Mercado de la Encarnación, donde antes

estaba el convento de monjas de este nombre, en lugar muy céntrico y activo donde la calle Regina, prolongación de la bulliciosa de la Feria, desemboca en la calle de la Imagen. En su época se consideraba la mejor plaza de Abastos de España y hoy cumple muy dignamente su misión, no sabemos por cuánto tiempo, porque los especuladores de terrenos no paran de ejercitar su torpe imaginación prometiéndose muy felices una operación urbanística de gran estilo, como ahora se dice. Para Sevilla sería un duro golpe la desaparición de este simpático y desahogado mercado situado en la misma espina dorsal de la ciudad, en el eje de más vida, actividad y movimiento popular. Dios tenga de su mano tan hermoso mercado digno sucesor, heredero y no lejano pariente de los antiguos zocos y alcaicerías.

El siglo XIX vio igualmente la organización y puesta a punto de un centro civil, político-administrativo en torno a las Casas Consistoriales. El viejo edificio de Diego de Riaño, joya de nuestro plateresco no era más que un pequeño fragmento que estuvo adosado al Convento de San Francisco. En el año 1857 desaparecido el convento se preparó un proyecto para completar el edificio municipal con nuevas fachadas que le dieran autonomía. Fue encargado de esto el arquitecto don Balbino Marrón. Trazó para presidir la Plaza Nueva, una fachada fría y académica, que, menospreciada de todos, sólo ha merecido la más cruel indiferencia, sin que nadie apreciara el tacto y mesura con que los arquitectos del siglo XIX sabían hacer el sacrificio de su personalidad, en aras de unos principios de orden y unidad que por desgracia todos hemos olvidado. La Plaza Nueva se hizo con estos criterios y todavía hemos alcanzado a verla ordenada y compuesta, antes de que los bancos, las grandes sociedades y el comercio la desfiguraran. Era una ágora cívica entonada y noble, atildada y elegante como un senador de levita, tenía el aire que tenían otrora las plazas de nuestras colonias antillanas y hoy sólo nos queda para evocar aquel ambiente la gracia de los naranjos y esbeltas palmeras que rodean una mezquina estatua del Rey Santo.

Al otro lado de la Plaza Nueva, el Ayuntamiento, sirviendo de cortina entre las dos, está la antigua plaza de la Constitución que antes de las reformas liberales fue de San Francisco y que luego se ha bautizado y rebautizado al compás de las mudanzas políticas. A pesar de sus orígenes franciscanos fue siempre plaza pública, popular y con vocación política: tenía soportales, carnicerías, pescaderías y una fuente en el centro como corresponde a una castellana plaza mayor, que aunque fuera en precario tampoco podía faltar en la castellanizada Sevilla. Con el ordenamiento judicial y legislativo, hijo también del liberalismo, el Espíritu de las Leyes buscó en aquel lugar cobijo y allí estuvo hasta hace muy poco la Audien-

cia. Fue por lo tanto este centro cívico hispalense máximo exponente de la Sevilla liberal frente a aquel otro núcleo de la Catedral y el Alcázar, coagulación de los dos estamentos del viejo poder, la realeza y el clero. Muy distintos el tono de uno y otro, grandioso, tremolante, fuerte, ritualista, ceremonioso, cristiano y agareno al mismo tiempo, dogmático y voluptuoso a la vez el uno, nivelado, equilibrado, administrativo y ordenancista, leguleyo y un poco prosaico el otro, si bien honesto, responsable e ilusorio.

También la Sevilla liberal está en franca bancarrota, sus vestigios materiales cayendo hechos jirones, despreciados y marchitos. Nada parece merecer consideración si lleva el sello del derrotado siglo liberal, nada sobre todo para el vulgo, fácilmente manejable y dispuesto siempre a derribar todo lo derribable. Infecundo en arte, pernicioso en política, crítico en el pensamiento, blando y tolerante en religión, prudente y educado en las maneras, defensor de la evidencia frente a la conveniencia, parece que no tiene remedio ni salvación posible. Si es así ¿qué importa que todos sus mediocres frutos desaparezcan para siempre? No importa que se borren del mapa. En Sevilla, ese camino llevan.

Los mercados espero que desaparezcan y en lugar de estos instrumentos de la comodidad pública, se levantarán desalmados edificios de oficinas, con alguna trepidante cafetería en sus bajos para pasto y cebo de burlados papanatas dispuestos a aplaudir su propia expoliación. También están desapareciendo los teatros, otros testigos de la Sevilla decimonónica. El más importante de todos ellos, el de San Fernando, ya está desahuciado. También se están desfigurando las plazas como lugares de reposo y actividad ciudadana muy especialmente la Plaza Nueva con su ordenada simetría. Solo algunos espíritus eclécticos, como el modesto escritor de estas líneas, nos atrevemos a defender estas cosas, porque creemos que la obra del hombre, la que permite conocer su paso por la historia es siempre merecedora de respeto aunque, por desgracia, muchas veces sólo se valore cuando ya se ha perdido. Si hoy estuvieran en pie todas las murallas de Sevilla y hubiera sido un mal sueño su desaparición, ¿quién se atrevería ahora a tocarlas? Consideraciones de este tipo, rectificaciones a *posteriori* tan frecuentes y evidentes cuando ya nada tiene remedio me hacen ser así de conservador y respetuoso, pero así como nadie escarmienta en cabeza ajena, la experiencia de las torpezas pasadas nada frena la actividad del presente y el hombre, como se dice vulgarmente, sigue siendo más torpe que un camino real, donde toda tropelía se comete.

Creo haber trazado, sin duda malamente, un bosquejo de la evolución urbana de Sevilla, sin demasías de erudición, desde luego, pero den-

tro de un cierto cañamazo histórico. Falta, ya lo sé, la Sevilla moderna, la que precipitadamente y a galope tendido, no a galope corto y jacarandoso de jaca andaluza, ha crecido desafortadamente después de la guerra. No escondo en estas frases nostalgias inmovilistas, ni repudios esteticistas hoy de mal agüero. Sevilla es natural que crezca y ojalá sea para bien, no en balde es y debe ser nuestra gran metrópoli del sur. Pero que crezca para afuera, a ser posible con orden ya que no con gracia, que eso es mucho pedir en estos tiempos, y sin romper siluetas venerables; que crezca blanca y entre jardines, que para eso la tierra es propicia, que no pierda su cielo y sus embalsamados aromas, que cuente con el martirizado Guadalquivir, que reconstruya sus amenas riberas y que no pierda sus orígenes camperos, que se deje penetrar cuando menos se piense por un soto de árboles, grandes y melancólicos eucaliptus, secos y enjutos olivos o alineados limoneros entre tapias blancas; que no todo sea suelo urbano sórdidamente explotado; que mientras espera su turno el agrotista se llena de escombros y detritus miserables. Me solía decir mi padre que un profesor de tecnología de la Escuela de Ingenieros Industriales de Bilbao, afirmaba sentencioso: "En Cartagena funden, pero funden mal". Esto les pasa a las ciudades de nuestro tiempo, que crecen, pero mal.

La Sevilla en expansión hoy desplaza ya mucho más que la Sevilla histórica que hemos tratado de describir pero hay que reconocer que es todavía una Sevilla cruda, sin formar, dispersa y desconyuntada, un polígono por allá, unas factorías por el otro lado, una actuación urbanística donde menos se piensa, unas viviendas sociales alrededor de un complejo polideportivo, una autopista que cruza inopinadamente, unas huertas abandonadas y a medio parcelar y entre tanto mucha miseria y mucho polvo. Todo esto todavía no tiene forma y pasará mucho tiempo hasta que pueda hacerse una pintura congrua y coherente de este mundo todavía sin condimentar. Ahora podrán hacerse estudios sociológicos, estadísticos, económicos y laborales del mayor interés y hasta escribir novelas o cuadros de costumbres tomando por base estos ambientes de la gran ciudad en expansión, pero es más difícil, casi imposible, hacer un retrato de lo que todavía no tiene fisonomía ni por lo tanto expresión, ni menos carácter. Porque la Sevilla moderna, empezando por la pretenciosa avenida de la República Argentina del Barrio de los Remedios, tanto vale y da lo mismo que cualquier otra ciudad o cualquier otra calle de las que nuestra civilización ha ido sembrando por un lado y por otro sin más preocupación que tirar atrochando y hacer de su capa un sayo. Por lo tanto mi bosquejo ha terminado aquí y ahora voy a otra cosa.

Fernando CHUECA GOITIA